

LIDERAZGO, UNIVERSIDAD Y JUSTICIA SOCIAL

Luis Ugalde, s.j.*

I. Universidad, intereses y necesidades sociales

La universidad forma para la sociedad. Siempre hay que preguntarse qué universidad queremos para qué sociedad.

La sociedad tiene una dinámica social, económico-política y empresarial y demanda personas capaces y dedicadas a poner los medios para los fines de esas empresas y corporaciones. Se trata de una **demanda exterior** (a las personas y a la universidad) **solvente** (capacidad de contratación) en términos económicos y de reconocimiento social. Hay también **necesidades humanas** en la sociedad que con frecuencia no constituyen demanda solvente, por su carencia de capacidad de contratación de capacidades profesionales.

La universidad y los formandos necesitan y quieren responder a la demanda solvente y ésta tiene medios de persuasión y de modelación. Al mismo tiempo, la universidad no puede ser mero reflejo de la demanda solvente de la sociedad. Su visión crítica y creativa alimenta la voluntad de transformación social humanizadora y forma líderes, con visión y valores que son claves y un **desarrollo público institucional** que responda a las necesidades humanas.

También hay una **demanda interior** de cada persona que estudia en la universidad y tiene sus motivaciones. En estas cuentan el interés propio y la búsqueda de su bien, pero en su conciencia entra también el sentido trascendente de la vida y el bien del prójimo. Ambas tendencias actúan a veces en forma contrapuesta y la sabiduría consiste en el arte de combinar ambas, de modo que se encuentren el amor a sí mismo y el amor al prójimo. El peligro de buscar solamente el interés propio no es algo nuevo y exacerbado por nuestra cultura individualista, hedonista y posesiva. Francisco Javier en 1544 en carta desde la India a sus compañeros jesuitas de Roma reflexiona sobre el ambiente por él conocido de la Universidad de Paris. *¿Para qué van los estudiantes a ella? ¿Para qué estudian “letras”?* (se refiere a todo estudio académico) Responde: *“Témome que muchos de los que estudian en universidades, estudian más para con las letras alcanzar dignidades, beneficios, obispados, que con deseo de conformarse con la necesidad que las dignidades y estados eclesiásticos requieren. Está en costumbre decir los que estudian: deseo saber letras para alcanzar algún beneficio o dignidad eclesiástica con ellas y después con la tal dignidad servir a Dios”* (Ver cartas de Javier). **Más para “alcanzar dignidades, beneficios y obispados” que para servir a “necesidades”.**

Ignacio con sus Ejercicios Espirituales sacó a sus compañeros parisinos de la búsqueda de “beneficios y dignidades” al servicio de necesidades humanas, con una vivencia y visión trascendente de la vida. Más adelante, los primeros jesuitas redescubrirán que para ayudar a los prójimos con eficacia no bastan la buena voluntad y la disposición espiritual, sino que es necesaria la preparación. Propondrá

* Ponencia ofrecida en el Seminario-Taller “Liderazgo y Justicia Social. Una invitación al “magis” de Ignacio”, en la Universidad de Deusto, Bilbao, el 23 de febrero de 2013.

para los seguidores estudios exigentes y querrá hombres que junten “virtud con letras”. En el fondo la pregunta es cómo formar líderes dotados de virtud y capacidad científico-técnica para humanizar-divinizar el mundo. Eso nutre la tradición educativa de la Compañía de Jesús.

Cinco siglos después hay otra variante clave. Entonces estudiaba solamente una minoría importante para las burocracias, eclesiástica y de las monarquías. Ellos eran decisivos, aunque numéricamente insignificante en medio de un mar de analfabetos. En contraste, hoy todo el mundo tiene derecho y necesidad de educación y muchas decenas de millones realizan estudios universitarios. Sólo en América Latina son 23 millones. La mayoría de los gobiernos ya no son monárquicos, sino que teóricamente la soberanía reside en todos los ciudadanos y las aspiraciones y necesidades de estos tienden a convertirse en exigencias políticas.

II. Razón y creación de un mundo sin mal

La actual universidad es ilustrada y racionalista. Somos herederos de una revolución cultural, con su expresión productivo-económica y político-social y testigos del fracaso de sus dos utopías seculares arreligiosas. Pero todavía no hemos sacado las consecuencias de este fracaso. Por muy libre de valores que parezca la Ilustración como revolución cultural que entroniza la razón, ella prometía un nuevo estadio de la humanidad libre de todo mal. Según la ilustración el mal se debe a la ignorancia y el Gran Arquitecto del Universo hizo un mundo conforme a razón y regido por leyes racionales que producen la armonía y el bien. La religión precedente ha sido obscurantista y frente a ella la ilustración racionalista llevará a conocer esas leyes ocultas en la naturaleza de las cosas. Su descubrimiento y seguimiento fiel traerá automáticamente el bien, pues el mal lo hacemos por ignorancia. No solamente las leyes naturales de la física y la biología, también la economía, la psicología y la sociología (“física social”) tienen su leyes racionales. En la medida en que las conozcamos y las adoptemos sin interferencia de autoridades externas, ni leyes morales, la sociedad se librerá de la ignorancia y del mal. De ahí - por ejemplo- deducen que la economía liberal, sin intromisión estatal ni sometimiento a leyes externas, por la búsqueda de su propio interés de cada uno se produce la felicidad de todos a causa de esa misteriosa armonía preestablecida expresada que se expresa en el mercado libre. Y así en otras dimensiones de la conducta humana.

Es cierto que la Ilustración y el racionalismo produjeron maravillas de progreso. Pero también que la economía liberal, sin estado, ni moral, ni leyes, ni organizaciones laborales, produjo una espantosa miseria proletaria que estaba en pleno apogeo en las últimas décadas del siglo XIX en Europa. Un siglo después y luchas sociales y guerras espantosas, esas mismas sociedades corrigieron y por la combinación del mercado y del Estado produjeron modelos de bienestar impensable antes; pero estos son siempre inestables, mejorables y reversibles de acuerdo a la responsabilidad solidaria de cada generación.

En el momento de más auge del liberalismo ilustrado y sus consecuencias sociales funestas, otro racionalista ilustrado, Carlos Marx, dijo que había descubierto una ley científica que explicaba el origen de toda esa miseria proletaria y era la clave para producir en la tierra el definitivo paraíso sin mal y el hombre nuevo. La apropiación privada de los medios de producción sería la causa de la

miseria y de la explotación humana y su eliminación por la revolución proletaria la puerta de entrada al paraíso y el hombre nuevo.

Para ambas utopías racionalistas, la liberal y la proletaria, la religión era no sólo innecesaria, sino contraproducente. Para Marx era incluso la quintaesencia de la alienación humana. Para unos la ciencia racionalista era incompatible con la fe y ésta, con el racionalismo científico, quedaría como cosa del pasado oscurantista.

En el consiguiente debate Fe-Ciencia se afirmaba que una universidad de inspiración cristiana era una *contradictio in terminis*. Luego vino el debate Fe y Justicia: de acuerdo al enfoque marxista, una vez eliminadas la miseria material y la explotación humana, la fe se extingue al quitársele la base material, pues ella es el “opio del pueblo”, el “suspiro en la miseria” y “el corazón de un mundo sin corazón”. Una vez suprimida la raíz y eliminada toda injusticia, la religión muere, carente de todo sustento.

Lo que está a la vista, luego de dos siglos y medio de vigoroso caminar ilustrado es que las leyes racionalistas por sí solas - ni las liberales ni las marxistas - no producen automáticamente una sociedad justa, libre de explotación y de todo mal. Hoy es empíricamente indiscutible que el mal existe en las sociedades ilustradas y también en las que se suprimió la propiedad privada; y que ni la paz, ni la justicia social, ni el hombre nuevo florecen con sólo el avance racionalista, pues las leyes científicas y la tecnología instrumental no llevan incorporadas en sí mismas su aplicación unilateralmente buena a favor de la liberación humana. Lo que es empíricamente demostrable es que las leyes racionales desatan enormes potencialidades humanas que pueden ser aplicadas para más vida y dignidad de todos, pero también para más muerte y opresión. Está a la vista que las dos guerras más espantosas y los dos regímenes totalitarios más monstruosos se produjeron en la Europa más adelantada y se apoyaron en los mejores avances científico-tecnológicos y organizaciones políticas de mayor eficacia de dominio racionalista con fines y promesas míticas y utopías de ilusa plenitud en la tierra. Todo eso no es algo que ocurrió en el siglo XX y quedó definitivamente superado, sino que su amenaza permanece, pues cada vez hay más potencial destructivo y sigue siendo verdad que “el hombre es lobo para el hombre” (Hobbes); pero al mismo tiempo tiene en sí vocación de hermanos por el reconocimiento, afirmación y amor de los unos por los otros.

Por otra parte es evidente que el desarrollo de la racionalidad instrumental dispone de medios prodigiosos y posibilidades de desarrollo capaces de vencer limitaciones, pobreza y todo tipo de carencias de la humanidad. Hoy el gran déficit de la humanidad no está en la imposibilidad instrumental, sino en la falta de voluntad para usarlo con solidaridad para que el mundo entero pueda disfrutarlo en paz para la vida, dignidad y unidad, dentro de la diversidad. Sin duda alguna en todos los países hay avances notables, por ejemplo en relación a la pobreza del pasado, pero no se logra su eliminación ni la desaparición de la amenaza de guerra, ni el millonario armamentismo para matarse o para prevenir la matanza. Esto depende de la conversión del corazón y de las voluntades humanas. La racionalidad instrumental se ha potenciado y su hegemonía se concentra en pocos centros de poder económico y político, para el incremento de sus intereses propios, lo que genera

nuevas amenazas y desvíos de recursos hacia el enfrentamiento y la muerte. Aun sin ello, la brecha de pobres y ricos es escandalosa la carencia de alimentos e cientos de millones, a pesar de las posibilidades técnicas.

Al mismo tiempo es tal el potencial transformador desarrollado que el hábitat terrestre de la humanidad está amenazado y el dominante modelo económico de producción y de consumo destruiría la tierra si se generalizara a todas las naciones. Lo que hace ver que no basta la racionalidad de los medios, sino que es necesaria la racionalidad de los fines en términos humanistas y de defensa de los derechos humanos de todos, los que viven y los que vivirán en el futuro.

Así pasamos de la fe sentada en el banquillo por la razón a reconocer que la universidad no cumple con su cometido si no está animada por una voluntad de formación en valores con una visión de la sociedad universal, inclusiva y humanizadora. Por eso hoy Las universidades ignacianas tienen el gran reto de ser universidades con todo su condicionamiento racionalista y los estándares que se exigen actualmente y al mismo tiempo ser más que ello. Afirmamos que la ciencia necesita de la fe-amor para que sea plenamente humana su aplicación y que la justicia social es imposible sin esa fe-amor. Naturalmente hay que discernir cuál es esa fe, pues la religión puede ser también la gran aliada y legitimadora de sistemas de opresión y alienación y en nombre de la fe cristiana se han desatado crueles guerras e inquisiciones. Nosotros como seguidores de Jesús no apoyamos cualquier forma de religión, ni cualquier pasado de la cristiandad, sino la vivencia del Dios-Amor en Jesús y el valor no instrumental de todos y cada uno de los seres humanos (Juan, Primera carta 4,1-40).

Al mismo tiempo somos conscientes de que no hay utopía plenamente realizable - ni la liberal, ni la marxista, ni laica ni religiosa - pues descansan sobre un error antropológico y otro espiritual. La historia ha demostrado (ver Revolución Francesa, Rusa, Nazi...) que todo régimen político con pretensión de atrapar y encarnar la plenitud utópica cae en el totalitarismo de un signo o de otro. Así el valor positivo de la utopía está en ser siempre horizonte y deseo interior de superación permanente de algo cuya plenitud no tiene lugar en la historia.

III. Inspiración cristiana universitaria y liderazgo

¿Cómo introducir en el corazón mismo de la universidad y de cada carrera la humanización de la sociedad? Lograr que la racionalidad instrumental, que adquieren el médico, el ingeniero o el abogado, sea complementada con los fines humanistas, con el **para qué humano**.

Las universidades jesuitas de inspiración cristiana tienen una identidad y misión que no parte de la demanda externa sino de una visión de la vida, con **una antropología y una espiritualidad vivida y gustada internamente y encarnada en esa realidad cambiante según los tiempos y lugares**. Esto incluye la concepción de la persona humana (finita y trascendente) como una realidad incompleta que busca su plenitud e identidad.

Por eso consideramos que las universidades de inspiración cristiana al modo ignaciano, en estos próximos años debemos señalar más explícitamente las deformaciones de las antropologías racionalistas y estatistas. No rechazar, sino discernir sus aportes y comunicar a la juventud

universitaria y ofrecer nuestra visión antropológica más integral a y cultivar el gusto por el bien compartido y una manera de entender la vida cuya última y suprema realidad es el amor.

1. Visión cristiana y condición humana

La **antropología humana y la espiritualidad cristiana** consideran que los seres humanos **no tendemos exclusivamente al bien y a la verdad**, sino que estamos inclinados también a crear ídolos y falsos dioses que se alimentan de la dominación y de la exclusión humana. El crecimiento de la racionalidad instrumental no elimina la vieja verdad antropológica, común a hombres y mujeres de que “no hago aquello que quiero, sino que hago lo que no quiero” y que soy capaz de querer el bien, pero no de realizarlo (Pablo Romanos 7,15-18) El mundo y el corazón humano son campos de batalla entre el bien y el mal, pero no en ejércitos contrapuestos sino entremezclados. La antropología y la historia nos dicen que el hombre y la mujer son al mismo tiempo individualistas y solidarios, que el “homo homini lupus” (que el hombre es lobo para el hombre) de Hobbes es verdad, pero también lo es que el hombre es hermano para el hombre. No somos “yos” completos individuos autosuficientes que luego se relacionan. Nacemos del nos-otros y nos realizamos como “yos” en el “nos-otros”

En esa realidad ambigua se debate y forma la libertad humana responsable. En ella entra **la espiritualidad** como realización y como camino de libertad. Jesús nos muestra que la felicidad está en darse y que quien da la vida por amor la encuentra, aunque pareciera que la pierde.

Jesús nos enseña - y la experiencia lo demuestra - que para realizarse como persona, hay que **salir de sí** y encontrarse en el **nosotros**. Salir de sí que significa dar la vida por el otro, afirmar al otro en sí, establecer con él una relación de gratuidad y no de dominación. Esta dimensión de gratuidad (presente en el reconocimiento y amor al otro), evidente en el ámbito familiar, se percibe cada vez con más claridad como necesaria para toda convivencia humana. Su ausencia, termina en un “darwinismo social” donde sólo los más fuertes disfrutarán de los adelantos y también de los bienes escasos de la humanidad como serán el agua, ciertos combustibles, la atmósfera pura, la paz y la seguridad... La “opción preferencial por los pobres”, por los hombres y mujeres sin atributos especiales, es un distintivo cristiano y humano, que apunta a la inclusión en el amor radical de Dios, no sólo a los más cercanos y a los que más valoramos y debe ser un rasgo distintivo de nuestras universidades.

2. Ordenar los afectos

Ignacianamente diríamos que, para ser libres y capaces de ordenar el uso de la razón y sus instrumentos, es necesario “**ordenar los afectos**” y los “**intereses propios**”. Libertad espiritual indispensable para ser solidarios y para crear las instituciones (nacionales e internacionales, públicas y privadas) que sirvan a la vida y no simplemente a los intereses de dominio y de ganancia de los más poderosos.

La sabiduría evangélica (tan en el corazón de los Ejercicios Espirituales) nos hace comprender vitalmente que el poder y la riqueza son dioses que dominan el corazón humano y penetran también

instituciones y decisiones públicas, a no ser que vivamos el Amor como un Dios más fuerte y absoluto (Marcos 2,27; 10,42 y Mateo 6,24) . El poder y la riqueza son tan fuertes que quieren (con frecuencia lo logran en las religiones) a un dios subordinado a ellos. Sólo el Dios-Amor gratuito no entra en la red de esos dioses del tener y del poder y verdaderamente los trasciende. Esa gratuidad nos lleva a hacernos samaritanos que se compadecen del herido. Sólo quien como Jesús experimenta el Amor (al Padre y a los hermanos) como un amor superior puede liberarse de los otros dioses y convertirlos en instrumentos para dignificar la vida. Amor mayor que nos permite ordenar los afectos.

Por muy contracorriente que sea, creemos que en la universidad al modo ignaciano deben estar muy presentes y actuantes esta antropología y espiritualidad (sin imponerlas obligatoriamente), como aporte para superar el vacío actual (pues ya no hay vivencia de una antropología ilustrada, ni liberal, ni marxista, sino que prevalece un pragmatismo utilitarista individualista). El reto de contribuir a “ordenar los afectos” es tan universitario (aunque de diversa manera) como el desarrollo del conocimiento racional, pero está muy ausente de las modernas aulas universitarias y en cierto grado también en nuestras universidades (como señalaba el veterano profesor norteamericano Amitai Etzioni a propósito de la crisis de la Enron, la ética apenas es tolerada por el “clima” intelectual de los grandes centros universitarios de formación para los negocios. Ver Etzioni Amitai, artículo de Washington Post August 4, 2002).

3. Discernir para humanizar

Esa realidad de la condición humana (lobos y hermanos al mismo tiempo), ayer, hoy y mañana requiere **discernimiento** tanto de las inclinaciones interiores como de las realidades externas donde actúa la universidad y el profesional egresado. Requiere también alcanzar la **libertad** para poder escoger y actuar de acuerdo al bien. Sólo **un amor mayor** puede superar los amores dominantes. Sólo así se puede “en todo amar y servir” (Ver la Contemplación para Alcanzar Amor de San Ignacio)

¿Cómo hacer para que en la universidad, eminentemente racionalista e ilustrada, se incluya en el currículo esta dimensión de discernimiento de la acción humana y profesional en la sociedad? ¿En qué parte del currículo y cómo se incluye?

IV. Líderes conscientes, competentes, compasivos y comprometidos

1. Liderazgos y multiplicadores

Los cambios necesarios en América Latina y el mundo requieren liderazgos personales e institucionales. La realidad muestra que unos pocos influyen, motivan y guían a las mayorías y que unas pocas instituciones innovadoras marcan el paso hacia los cambios deseados. En ese sentido la Compañía de Jesús sigue apostando a la estrategia de los liderazgos - como S. Ignacio quería-, pero ya no se trata de los príncipes de quienes la fe y los bienes y males de sus súbditos tanto dependían. Hoy los liderazgos son más plurales y variados y actúan en diversas áreas de actividad, en diversos sectores sociales y en políticas expresamente referidas a lo público. Con frecuencia son más difusos los estados de opinión que se transmiten por los medios de comunicación social, pero no menos penetrantes.

Los jesuitas influimos por lo que realizamos, pero mucho más por lo que inspiramos. Nuestras universidades necesitan ser más conscientes de la importancia de su capacidad de inspiración, más allá de lo que significa el número de nuestros estudiantes (menos del 1%) o del peso de la investigación en el total de la investigación. Nos entendemos como parte de otras universidades de inspiración cristiana y de muchas más que son laicas.

Por otra parte sólo una minoría dentro de la universidad quiere anotarse libremente a programas concretos que ofrecemos a aquellos estudiantes que quieran y puedan asumir compromisos de liderazgo y también desarrollar instituciones que se multiplican e influyen por su capacidad de inspirar a otros. En sociedades tan divididas como las nuestras es importante el desarrollo sistemático de experiencias con los sectores de menores recursos y comprometidos en sus proyectos de superación y de cambio. Hemos desarrollado sistemáticamente el “salirse de sí” en compromisos prácticos y experiencias con los sectores de menores recursos reforzando sus proyectos y su empoderamiento. Estas experiencias tienen tanta importancia como el servicio en los hospitales de Ignacio y los primeros compañeros.

Se van formando líderes en la medida en que crecen en **visión** (conocimiento e inteligencia, antropología en un mundo globalizado), **opción** (espiritualidad, ética, valores y voluntad) y **acción discernida** (práctica).

Tenemos que preguntarnos en concreto **en qué tiempo** de las 3.000 o 4.000 horas de su vida universitaria se cultiva esa dimensión y **cómo**.

2. Cultivo de lo público

Es necesario que la voluntad y la libertad humanas decidan la utilización de la ciencia y la técnica, la economía y el poder político para fines humanos y para el bien común. Y esta decisión sólo puede tomarse desde una postura ética solidaria y no desde la racionalidad autosuficiente.

La capacidad valorativa y la solidaridad con el bien de la humanidad entera (presente y futura) son necesidades públicas que el racionalismo utilitario por sí sólo no es capaz de producir y que no pueden quedar fuera de la Universidad como algo subjetivo y privado. El instinto de conservación y el miedo a la autodestrucción ayudan, pero no bastan. La universidad debe formar el sentido, las convicciones personales y la misión pública de afirmar la vida digna para toda la humanidad, la de hoy y la de mañana, y crear instituciones, leyes y autoridad para ello.

En una sociedad cuando las cosas van bien, es difícil la formación con espíritu crítico y voluntad de cambio. Entonces parece que la juventud está desmotivada, prevalece una universidad apolítica y florece la convicción de que la ética está fuera de lugar por innecesaria. Cuando la sociedad entra en crisis, como ocurre actualmente, fácilmente surge la indignación y la protesta contra la política y la economía, pero se encuentra con jóvenes y formadores extremadamente ingenuos e impreparados para la transformación y producción de alternativas e impregnados de antipolítica y antiética; lo que por reacción puede llevar a fundamentalismos que ignoran la historia vivida en el último siglo o a

exigir derechos propios sin crear las convicciones de que no son alcanzables sin los deberes correspondientes.

En América Latina lo público cayó en desprestigio por su ineficiencia y corrupción y también se debilitó la vocación cristiana orientada a lo político. Actualmente es dramática la necesidad de enseñar a comprender la realidad, formular visiones de realidades sociales deseadas y necesarias y los modos de lograrlo; aprender el manejo de la dialéctica utopía-realidad, para no caer ni en la resignación, ni en el mesianismo frustrante por falta de capacitación para una acción pública eficiente; enseñar a conocerse internamente... Pensamos que esto no es algo exclusivo de América Latina.

Aun en los que no tienen vocación política es necesario cultivar la responsabilidad social y pública de su profesión y de la actividad empresarial en la que se relacione la realización personal con el logro de una sociedad más justa, que incluya como objetivo central la superación de la pobreza. El conocimiento racional, el ordenamiento de los afectos, la solidaridad y la acción dotada de inteligencia y de reflexión, son algunas características que se necesitan cultivar para los nuevos liderazgos.

3. No a la exclusión

Ni la exclusión individualista que lleva al “darwinismo social”, ni la exclusión con propuestas alternativas que pretenden superar el pasado excluyendo a los que excluían ayer. En este sentido vemos las limitaciones del enfoque de la “lucha de clases” para producir alternativas y la necesidad de elaborar propuestas de cambio que superen el pasado con una nueva capacidad ética de sumar y multiplicar los sectores sociales ayer contrapuestos dentro del país e internacionalmente. Los intentos marxistas fracasados en los cinco continentes demuestran que la construcción de alternativas a los modos de exclusión capitalista requiere una nueva capacidad de convocar a todos y usar todos los medios nacionales e internacionales al alcance de la humanidad. Una institucionalidad pública adecuada que combina el interés propio con el bien común. Frente a la contraposición y exclusión, la complementariedad y las alianzas.

¿Cómo la universidad ignaciana se convierte en espacio de diálogo y puente para el reconocimiento de las diversidades y complementariedades, entre los pobres y el mundo profesional y para impulsar las necesarias alianzas sociales? ¿Cómo visualizar juntos futuros humanos para cuyo logro es imprescindible superar los enfrentamientos del pasado y del presente con modelos de cooperación, de trasvase solidario y multiplicador de capacidades y de posibilidades constructivas para salir de la pobreza? ¿Qué tiene que ver con todos estos retos una universidad cuya inspiración cristiana al modo ignaciano cultiva al mismo tiempo la razón, el ordenamiento de los afectos, la presencia de la fe que actúa en el amor y trata de unir fe y razón y fe y justicia? ¿Cómo nuestra fe en el Dios gratuito y en la indispensable dimensión de gratuidad humana ayuda a unir la racionalidad instrumental y los objetivos de justicia social? ¿Cómo desde ahí contribuimos a corregir la lógica economicista y el utilitarismo individualista que marchan hacia el ecocidio, hacia la destrucción de la tierra como hábitat para la vida? ¿Cómo sustituir los atavismos de la guerra y las economías armamentistas por

la cultura de la solidaridad y la ciudadanía universal en la que cuenten el sentido del bien compartido, el diálogo entre diferentes en raza, religión, género... pero miembros y hermanos de una misma humanidad?.

4. Común patrimonio espiritual e identidad

Estamos conscientes del pequeño número de jesuitas y del creciente de laicos y laicas corresponsables de nuestra universidad; de ahí que no se trate de hacer más con menos jesuitas, sino de hacerlo en colaboración y de otra manera, con una nueva relación con la identidad ignaciana. Para fortalecerla y difundirla se requieren planes muy concretos e integrales de formación basados en los que ya existen, pero con decidida prioridad y presupuesto. Nos une un sentido fundamental de la identidad y misión de la universidad, de la antropología y de la espiritualidad cristiana que dan sentido a nuestras vidas y nos ayudan a comprender los rasgos fundamentales de la sociedad futura en libertad, paz y justicia y en la capacidad de responder al inmenso reto de transmitir y contagiar a las nuevas generaciones.

VI. Retos y Líneas de Acción

En resumen vemos algunos retos y líneas de acción en nuestras universidades:

1. Cultivar la calidad y el alto nivel en el dominio de la racionalidad instrumental en cada área del conocimiento.
2. Enseñar y aprender a “ordenar los afectos” y a gustar y sentir internamente la solidaridad, el amor, el salir de sí mismo...
3. Comprender y asumir lo público, como ámbito donde la libertad, la responsabilidad social y la solidaridad, construyen espacios e instituciones que miran el bien común de todos.
4. Entender a la universidad como una institución al servicio de la humanización de la sociedad global y desarrollar el sentido de la ciudadanía universal y el cuidado del hábitat humano para las futuras generaciones (CELAM documento de Aparecida n. 341 y planes estratégicos de AUSJAL).
5. Comprensión de esa dimensión pública de manera realista y contextualizada.
6. Es una formación para la acción y en la acción; por eso incluye el aporte de los egresados a la sociedad, en su vida y en el ejercicio de su profesión. Por eso nuestras universidades, institucionalmente y como un todo, tienen que ser una referencia nacional o continental de propuestas que van más allá de meras denuncias y diagnósticos, a aportar proposiciones hacia soluciones inclusivas.

Luis Ugalde, s. j.

Caracas enero de 2013